

---

# MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: EL PADRENUESTRO

---

Ponente: Gerald Procee PhD

## LECCIÓN 3: SANTIFICADO SEA TU NOMBRE



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

**Instituto John Knox de Educación Superior**

*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

Rev. Gerald Process es pastor del Evangelio en la iglesia Christelijke Gereformeerde de Middelharnis, en Holanda.

# *Módulo*

---

## **EL PADRE NUESTRO**

Presentado en 14 Lecciones y llamado:  
**LA BELLEZA DE LA ORACIÓN**

*Dr. Gerald R. Procee*

1. Introducción: Fundamento Bíblico y Bosquejo del Curso
2. Padre Nuestro Que Estas en Los Cielos
3. **Santificado Sea Tu Nombre**
4. Venga Tu Reino
5. Hágase Tu Voluntad, Como en El Cielo, así También en La Tierra
6. El Pan Nuestro de Cada Día Dánoslo Hoy
7. Perdonanos Nuestras Deudas Como También Nosotros  
Perdonamos a Nuestros Deudores
8. No Nos Metas en Tentación, Más Libranos del Mal
9. Porque Tuyo es El Reino, y El Poder, y La Gloria
10. Amén
11. Cuestiones Practicas Sobre La Oración
12. La Vida de Oración de Los Pastores
13. Dificultades en La Oración
14. Bendiciones de La Oración

## *Lección 3*

---

# **SANTIFICADO SEA TU NOMBRE**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 3**

Bienvenido a la tercera clase de la serie sobre la belleza de la oración. Hoy nos enfocaremos en la primera petición del Padrenuestro, “Santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Es maravilloso que este sea el primer asunto al que el Señor Jesús nos dirige en la oración. El Señor Jesús no nos dice que oremos primero por nuestras necesidades o por nuestras necesidades físicas. Hacemos eso a menudo, pero lo primero y más importante en la oración es que Dios sea honrado.

Toda nuestra vida debe enfocarse en Dios. Él debe ser amado y glorificado. Debemos aprender a obedecerlo y amarlo. Él tiene la prioridad, y es por eso que esta primera petición es una petición por la honra de Dios: “Santificado sea tu nombre”. ‘Concede que recibas todo honor, alabanza y adoración’. Ese también debería ser el objetivo de nuestra vida. Ese debería ser nuestro deseo más grande, sin importar lo que nos suceda, Dios sea glorificado en nuestras vidas; porque nuestra vida es un fracaso si no hemos aprendido a glorificar a Dios.

Dios nos creó con ese propósito, para que no vivamos para nosotros mismos, sino que Él sea glorificado en nosotros y para que aprendamos que debemos glorificarlo y honrarlo con nuestra mente, nuestro corazón, nuestro entendimiento, nuestras palabras, nuestros cuerpos y con todo lo que tenemos y todo lo que hacemos (Marcos 12:30). Pero tristemente, hemos fallado al respecto, porque muy a menudo buscamos nuestro propio honor.

Incluso los hijos de Dios que tienen conocimiento de la gracia, muy a menudo buscan su propio honor y exaltarse, y pueden volverse orgullosos. Pero cuando Dios obra en el corazón, nos enseña a abandonarnos y a hacer del honor y la gloria de Dios el enfoque de nuestras vidas. Así es como el Señor renueva a un pecador. Lo hace para la gloria de Su nombre. Cuando el Señor entra en el corazón, hay un comienzo donde el Señor se glorifica y se vuelve el anhelo de Su pueblo. Si las cosas van bien espiritualmente, ese anhelo aumentará y se hará cada vez más grande; es por eso que el Señor Jesús nos enseña “Santificado sea tu nombre”.

¿Sabes? Esto es lo más glorioso en la vida. Nos hace mucho bien que aprendamos a glorificar a Dios. La actividad más bendita que el hombre pueda realizar en la tierra, es que Dios reciba el honor, la alabanza y la adoración. Consiguientemente, para santificar el nombre de Dios, necesitamos conocer el nombre de Dios. Necesitamos saber quién es Dios, y es por eso que el Señor se revela a nosotros en Su Palabra: para que sepamos quién es Él, y para que conozcamos Su nombre.

El Señor se revela así mismo especialmente en Su nombre. Verás, nosotros no inventamos nombres con los cuales invocamos a Dios. Dios se dio estos nombres; y Su nombre revela quién es Él. Los nombres que tenemos fueron los que nuestros padres y madres nos dieron. Pero estos nombres no caracterizan quiénes somos. Pero cuando Dios se pone nombres a Sí mismo, estos funcionan como una revelación personal de Dios. Explican quién es Él.

Consiguientemente, el Señor se revela a Sí mismo como Yahweh. En hebreo. Ese nombre es Jehová o Yahweh; que quiere decir YO SOY EL QUE SOY (Éxodo 3:14). Puede que ese nombre te parezca extraño, pero es un nombre muy hermoso porque demuestra que Dios siempre es el mismo. Nosotros cambiamos. No podemos decir: “Yo soy”, porque fluctuamos. Pero el Señor Dios es el eterno YO SOY y eso demuestra que es confiable. Él es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

Él es confiable. Él es fiel. Él es suficiente. Por eso puedes confiar en Él. El Señor también se reveló a Sí mismo en otros nombres. Puedes considerar el nombre, “El Shaddai” (Génesis 17:1), que quiere decir Gobernador todopoderoso, u otro nombre en hebreo, Adonai (Génesis 15:12) en el cual Se demuestra a Sí mismo como el Dueño, como Maestro del cielo y la tierra. Él es el Señor.

Consiguientemente, el Señor también se llama a Sí mismo Jehová Sabaot (Romanos 9:29). Este es un nombre que lo subraya como el Señor de los ejércitos y que todos los ángeles están a Su disposición, y que viene a librar a Su Iglesia con Sus huestes celestiales.

Podemos conocer quién es Dios a partir de Sus nombres, pero también a partir de Sus características y atributos. Nuevamente, el Señor se revela a Sí mismo por medio de Sus atributos. Por ejemplo, que Él es el Eterno. No tiene principio y no tiene final. Él es el Compasivo. Él cuida de Su pueblo. Sus misericordias son genuinas. Son nuevas cada mañana (Lamentaciones 3:22-23). Él es amor. Él está lleno de longanimidad (Números 14:18), lo cual quiere decir que tiene una paciencia amorosa y cuidadosa para con Su pueblo.

Dios también el Alto y Sublime y, aun así, se deleita en morar con los humildes. Isaías 57:15, un texto conocido: “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”.

Dios también es el Poderoso. Conocemos a Dios por Su poder. Por ejemplo, mira la creación. Dios causó la creación por Su poder. Llamó todas las cosas a la existencia de la nada y lo hizo hablando (Génesis 1). Su Palabra tiene poder. Vemos esto en la creación, pero también vemos a través de las Escrituras que Él es el Dios que habla y se hace. Él llama la materia a la existencia. Habla al viento y el mar y le obedecen (Marcos 4:39). Por Su Palabra resucita a los muertos (Marcos 5:41-42; Juan 11:43-44). Muestra Su poder a través de Su Palabra.

Dios también es sabio en todas Sus obras. Conduce y guía a Su pueblo sabiamente. Quizá has podido ver esto en tu propia vida en la manera en la que el Señor te conduce por caminos que nunca habrías elegido, pero ¿cuán sabio fue el Señor al hacerlo? ¿Cuán amoroso y cuidadoso? De la misma forma, también vemos la bondad de Dios y que Él se preocupa por este mundo. Se preocupa por todas las personas. Abre Sus manos. Alimenta todas las cosas vivas. Hace salir Su sol sobre justos e injustos (Mateo 5:45). Provee la lluvia y el sol. Lo hace por personas que Lo aman, pero también es bueno para con aquellos que no Lo aman. ¿Cuán bueno ha sido el Señor conmigo y contigo?

Cuando se nos llama a conocer a Dios por Sus características, también vemos Su justicia. Él es tan bueno que no puede soportar ninguna injusticia, de tal manera que no puede dejar que el pecado quede sin castigo y, por lo tanto, castiga el pecado en Su Hijo. Para que el pecador pueda reconciliarse con Él. Dios ama lo que es justo y recto, así que salva a Su pueblo en justicia y equidad. Todos sus pecados han sido pagados y son pagados por Su Hijo.

De esta manera, Dios es justo. Él castiga el pecado en Su Hijo o en el pecador, pero siempre castigará el pecado. Pero al mismo tiempo, Dios también está lleno de misericordia porque nos dice en Su Palabra que no quiere la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y encuentre misericordia en Dios (Ezequiel 33:11). A pesar de nuestra indignidad, el Señor nos invita a recibir la salvación en Él de todos modos. Él se deleita en misericordia.

Dios también es verdadero. Él está lleno de verdad. Su Palabra es verdad. Él Señor Jesús dijo de Sí mismo: Yo soy “la verdad” (Juan 14:6), y es por eso que Su Palabra siempre se cumplirá. De esta manera, vemos quién es Dios en Sus atributos. Vemos Su poder, Su sabiduría, Su bondad, Su justicia, Su misericordia y Su verdad. Todo esto se demuestra claramente. Hay mucho en Dios.

Entonces, en la Biblia leemos quién es Dios. En última instancia, lo que necesitamos comprender es que este Dios bueno, poderoso y amoroso trata con nosotros. Verás, así es como experimentas quién es Dios. Así es como experimentas la verdad de la Palabra de Dios en tu vida. Así es como ves que Dios es justo. Así es como ves cuán

misericordioso, amoroso y sabio en Su trato contigo es Dios. De esta manera, no crees en la Biblia solo porque se trate de la Biblia, sino que experimentas en tu corazón que todo esto es verdadero; y así conoces quién es Dios.

Eso se llama conocimiento de la fe. Es confiar en Dios. No solo es un asunto de la mente, sino del corazón; y de esta manera conoces quién es Dios y es la razón por la que Lo amas y quieres conocerlo y amarlo más. Él se vuelve el propósito de tu vida. Aprendes a vivir para Dios y quieres que Él y Su nombre sean santificados en tu vida.

Este conocimiento de la fe se traduce en amor a Él. En última instancia, el Señor se revela a Sí mismo a nosotros en Su Hijo, el Señor Jesucristo. Pues el apóstol Juan dice en Juan 1:18: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Los que han visto a Cristo han visto al Padre. En Cristo vemos el reflejo de Dios el Padre. Por lo tanto, si quieres saber quién es Dios, pasa tiempo a los pies de Cristo con frecuencia y contempla a Jesús. Aprenderás a conocer quién es Dios a través de Su Hijo, Jesucristo.

Es esencial que conozcamos a Dios. Cuando conoces algo de Su gracia y amor, deseas ser conformado a Su imagen. Desearas ser revestido de Cristo. Oraras a Dios que ponga Su imagen en ti y entenderás por qué el apóstol Pablo dijo que el objetivo de su vida era conocer a Cristo y el poder de Su resurrección (Filipenses 3:8-14).

¿Estas deseoso de conocer al Señor? ¿Has comprobado que el Señor es bueno? ¿Has aprendido a amarlo? Entonces, desearas que Su nombre sea santificado en tu vida por encima de todo. Así que, necesitamos honrar a Dios en nuestra vida entera. Eso es lo que quiere decir esta petición: “Santificado sea tu nombre”. Quiere decir que aprendemos a amar a Dios en todo lo que hacemos. Por esa razón, necesitamos que Dios obre esta obediencia en nuestras vidas.

Pero, como dije anteriormente, tenemos una naturaleza pecaminosa en nuestro interior que muy a menudo, de una forma muy sutil, desea que nos honremos a nosotros mismos. Preferiríamos promocionar nuestro nombre y nuestro honor en lugar de honrar a Dios. Esto es pecado contra el primer mandamiento: No tendrás dioses ajenos delante de mí (Éxodo 20:3; Deuteronomio 5:7). También es pecado contra la primera petición: Santificado sea tu nombre. Porque la vida no se trata de nuestro nombre, sino sobre el nombre de Dios.

Qué miserable es que tan a menudo nos enorgullecamos y busquemos nuestro propio honor pensando que somos de mucha importancia. Qué bendición sería el poder ser libres de ese mal y aprender a ser mansos y humildes de corazón. Si tan solo pudiéramos aprender a buscar primero el honor de Dios. Qué gran victoria sería el poder ser libres de buscar nuestro propio honor.

¿Hemos aprendido a ver lo egoísta que somos? ¿Te has hecho consciente de que con mucha frecuencia buscamos lo nuestro y que pecamos contra un Dios bueno? ¿Hemos aprendido a dolernos y a sentir pena por esa inclinación dentro en nosotros? ¿Hemos aprendido a resistir esta inclinación? Porque cuando conoces el amor de Dios en tu corazón, querrás honrarlo. Estarás a los pies de Cristo y le pedirías que te libere de buscar lo nuestro y nuestro propio honor.

Piensa en el Señor Jesús. Él nunca buscó Su propio honor. Él era manso y humilde de corazón y nos dice que aprendamos de Él a ser mansos y humildes de corazón (Mateo 11:29). A los pies de Cristo, contemplándolo, mirarás Su rostro y verás que no buscaba Su propio honor, sino el honor de aquel que lo envió. Allí, tu corazón se llenará de vergüenza y al mismo tiempo te llenará el mismo deseo y anhelo de que el Señor Jesús te llene de Su Espíritu; y qué bendición es ser consolado por el nombre de Jesús, pues Él salva a Su pueblo de Sus pecados (Mateo 1:21).

No solo limpia de pecado, sino también cambia tu naturaleza. A través de Su Espíritu, Él te enseña paso a paso a buscar el honor de Dios. Te enseña a orar así: ‘Guíame, Jehová, en tu justicia, a causa de mis enemigos; endereza delante de mí tu camino’ (Salmo 5:8) y hazme honrarte con lo que tengo’.

Verás, buscar el honor de Dios también es buscar el bienestar de quienes nos rodean. Necesitamos interesarnos genuinamente en otros. Sufrir con ellos. Estar cerca de ellos cuando están en necesidad. La gente que ama a Dios mostrará amor e interés por quienes están a su alrededor. Al hacer esto, honrarán a Dios. Así es como Dios es honrado en sus vidas, al tener amor y compasión por quienes están a su alrededor.

¿No es eso lo que el Señor Jesús dijo en Mateo 25 cuando se refirió a Su pueblo como los que ayudan a otros en necesidad, les dan de comer y dan de beber a los sedientos? Y cuando otros están desnudos, les dan vestido y visitan a los enfermos y a los presos. El Señor Jesús dice en Mateo 24:50: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

Verás, honramos a Dios cuando mostramos amor y compasión por nuestro prójimo y cuando nos interesamos por los que nos rodean. Esto santifica el nombre de Dios en la práctica diaria de nuestra vida. Consiguientemente, necesitamos honrar a Dios en la totalidad de nuestras vidas. Pero para hacer esto, necesitamos humillarnos. Necesitamos ser humillados por Dios. Él nos enseña la humildad. Él logra esto en nosotros mostrándonos que dependemos de Él en todo y que solamente el Señor puede suplir todas nuestras necesidades.

De ese modo, reconocemos Su grandeza, Su bondad y Su misericordia, y que no hay nada que podamos hacer sin Él. En ese sentido, somos guiados a humillarnos ante Dios. Él Señor hace que nos volvamos humildes, revelándose a nosotros en Su grandeza y bondad, amor y misericordia. Por otro lado, el Señor nos enseña humildad mostrándonos quienes somos y allí se produce un crecimiento en el conocimiento de Dios y en el conocimiento de nosotros mismos. Así, el Señor revela más de nuestro pecado y nos muestra más y más nuestra naturaleza pecaminosa.

De este lado del cementerio, nunca superaremos nuestra pecaminosidad. Piensa en el apóstol Pablo, que era un hombre santo y justo, pero que se llama a sí mismo el primero de los pecadores (1ª de Timoteo 1:15). Encontrarás a menudo en las Escrituras que las personas aprenden a humillarse delante de Dios, especialmente quienes han recibido una medida de gracia más grande. Estos son los que se humillan más delante de Dios. Porque el Señor muestra a Su pueblo más y más que están destituidos de la gloria de Dios.

En nosotros mismos, no somos más que leprosos de quienes se dice en Israel: “Inmundo, inmundo”. Porque siempre llevamos esta naturaleza inmunda con nosotros. Aunque el Señor vive en nosotros y el Señor está poniendo Su imagen y llevamos el fruto del Espíritu Santo, también hay una vieja naturaleza obrando en nosotros en la que somos inmundos en nosotros mismos. Muy a menudo, vamos en contra de Dios en nuestros pensamientos, palabras y acciones y eso trae el dolor más grande en la vida: Que no puedo amar y honrar a Dios como debo. Por eso oro: ‘Señor, que tu nombre sea honrado en mi vida. Que tu nombre reciba toda la gloria. Santificado sea tu nombre’.

De esta manera, somos llamados a amar al Señor Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas y con todas nuestras fuerzas. Somos llamados a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, pero fallamos en estas cosas. De este lado del cementerio, no podremos hacerlo perfectamente. Consiguientemente, también vemos en la Palabra de Dios como hijos de Dios a quienes se les dio un gran privilegio y recibieron mucha gracia, fe y confianza en el Señor, aún tuvieron sus pecados. Por eso los escuchamos orar humillándose continuamente delante de Dios.

Mira cómo Abraham, el amigo de Dios, ora en Génesis 18. No ora por él mismo. Está orando por Sodoma y por su sobrino, Lot, y por su familia. Mira cómo se humilla delante del Señor Dios. Dice en el versículo 27: “He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza”. Mira cómo se humilla.

También pensamos en Jacob, que recibió visiones de Dios y recibió la promesa de que Dios sería su Dios. Lo vemos en Génesis 32:10: “Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo”. También leemos de Job, un hombre justo y temeroso de Dios. Dice en Job 40:4: “He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca”.

Piensa en el profeta Isaías en el capítulo 6, versículo 5: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”. Y al apóstol Pablo diciendo en Romanos 3:10–12: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Así que, cuando pensamos en el honor de Dios, debemos hacerlo con humildad, conscientes de quienes somos en realidad. Pero al mismo tiempo, podemos acercarnos a Dios con esperanza y expectación. Podemos ir delante del Señor como un hijo va a su padre o madre. Lo vimos en la clase anterior. Pero cuando nos acercamos a Dios en oración y procuramos honrar Su nombre, podemos esperar cosas buenas de Él porque Él es un Dios bueno y benevolente.

Él está dispuesto a darnos todo lo que necesitamos. Podemos animarnos porque en Él hay perdón (Salmos 130:4) y Él ha prometido redimir a Su pueblo de todas Sus iniquidades (Salmos 130:8) y Dios no despreciará un corazón contrito y humillado (Salmos 51:17). De esta manera, podemos humillarnos delante de Él con expectación, con una esperanza genuina en Dios, porque el Señor Dios está dispuesto a dar. Él dará mucho.

En última instancia, Él debe recibir todo el honor y recibirá todo el honor. En última instancia, toda rodilla se doblará ante Él (Filipenses 2:10), pero Él está dispuesto a dar ahora. Él está dispuesto a cuidarte.

Considera como el Señor Jesús cuidó de Sus discípulos, de tal manera que se humilló y estuvo dispuesto a lavar los pies de los discípulos. Así mismo, está dispuesto a darnos mucho más de lo que merecemos. Puedes poner todas tus necesidades delante de Él. Si el Señor estuvo dispuesto a humillarse a Sí mismo ante Sus discípulos de la misma forma que nosotros debemos hacerlo, así también debemos buscar el bienestar de los demás. Debemos estar dispuestos a ser sus siervos. Debemos orar por ellos. Debemos elevar oración y súplica delante de Dios, como dice el apóstol Pablo.

Debemos hacerlo por todos los hombres, como dice en 1ª de Timoteo 2:1. Los hijos de Dios pueden venir en humildad y con confesión de pecado. Pueden reconocer su indignidad y al mismo tiempo reconocer que Dios, su Padre en el Cielo, les dará todo lo que necesitan, que Él es un Dios bueno y fiel y que esto Le trae tanta gloria que nos hace venir con anticipación delante de Él. Así honramos a Dios.

Así que, mientras procuramos honrar a Dios, lo hacemos al conocer Sus características. Debemos honrar a Dios en la totalidad de nuestras vidas, donde todo en nosotros esté dedicado a Él y debemos honrar a Dios mostrando reverencia y humillándonos delante de Él. Pero también lo honramos cuando ponemos todas nuestras necesidades delante de Él.

Vemos esto continuamente en la palabra de Dios, que Dios es honrado cuando ponemos nuestras necesidades delante de Él. La palabra de Dios está llena de personas que no tenían fuerzas, pero que fueron llamados por Dios para cumplir con ciertas tareas. Para lo que sea que el Señor te llame a hacer en la vida, no tienes fuerzas para lograrlo y el Señor te enseñará que a darte cuenta de que no tienes las fuerzas para hacerlo, que necesitas que Dios te ayude y te sostenga.

De esta manera, vemos repetidamente en la Palabra de Dios que los grandes hombres de Dios eran débiles en sí mismos y ponían toda su debilidad e inhabilidad delante de Dios y eso honraba a Dios. Incluso cuando parecía que Dios no les respondía, aún ponían sus necesidades delante del Señor continuamente y esto Lo honraba: Señor, separado de ti nada puedo hacer (Juan 15:5).

Por ejemplo, mira a Moisés, un gran hombre de Dios. Fue el mediador entre Dios y el Israel del Antiguo Testamento. No podía hablar bien y se lo dijo al Señor, pero el Señor le dijo: “Ve, porque yo estaré contigo” (Éxodo 3:12). Y Josué, siendo un esclavo en Egipto, fue enviado al desierto y estando allí se convirtió rápidamente en el capitán de los ejércitos del Señor, los israelitas. Tuvo que pelear contra los amalecitas. Más adelante, tuvo que conquistar la ciudad fortificada de Jericó.

No podía hacerlo. Nunca fue a la academia militar. No sabía nada de estrategia o guerra. Aun así, el Señor lo enseñó y le dio la fuerza. El profeta Jeremías era joven y el profeta Isaías se consideraba como un hombre de labios inmundos. Daniel vio sus iniquidades y las de su pueblo. Así que, todos ellos eran inadecuados, pero el Señor con frecuencia escoge a personas inadecuadas e incapaces para servirlo.

Que esto sea de ánimo para ti cuando, quizá si eres pastor te preguntas: ‘¿Cómo podré cumplir con este llamado?’ Bueno, no puedes, pero Él puede a través de ti y eso Lo honra. Así es como Dios santifica Su nombre en tu vida. Considera a los apóstoles. Muchos de ellos eran pescadores hebreos. ¿Cómo podían proclamar Su evangelio glorioso a un mundo pagano? Todos somos inadecuados y no aptos.

¿Quién de nosotros es capaz de criar a sus hijos en nuestras familias como se debe? ¿Quién de nosotros es capaz de ser un cónyuge impecable o piadoso? Independientemente de lo que el Señor nos llame a hacer, no tenemos la fuerza para hacerlo, pero es muy bueno depender de Dios en nuestra vida buscando toda la ayuda del Señor. Él es el Dios que levanta al necesitado y que los escucha cuando claman (Salmos 72:12). Por lo tanto, nuestra fuerza no está en nosotros sino en Dios. Entonces, sin importar a qué te llame el Señor, Él estará allí para fortalecerte. No te alejes de ningún llamado a tu vida. La oración te dará la fuerza y el nombre de Dios será santificado.

Pero, cuando ponemos nuestras necesidades delante del Señor ¿por cuáles cosas deberíamos orar? Bueno, como veremos más adelante en el Padrenuestro, deberíamos orar, debemos orar por el perdón personal de todos nuestros pecados. Necesitamos ser renovados según la imagen de Cristo. Así es como Dios se glorifica, cuando la imagen y el reflejo de Su Hijo está en nosotros, para que los demás vean que hemos estado con Cristo, así como lo vieron en Sus apóstoles.

La gente puede notar que has estado con Cristo pasando tiempo privado en oración por el reflejo del Señor Jesús, no de una manera literal que se pueda ver en tu rostro. Más bien, en la manera que te comportas en tus acciones y conducta. Ya sabes, puede que no estés consciente y a menudo, eso es lo mejor, porque si lo ves caerás en el orgullo fácilmente. Pero otros lo ven y la razón es que has estado con el Señor en un tiempo privado derramando tu corazón delante de Dios, rogando al Señor que la imagen de Cristo sea sobre ti, que te anime en la vida de la fe, que te haga valiente, que te equipe con perspicacia y sabiduría. Por lo tanto, puedes suplicar Su bondad y Su disposición de darte todas las cosas que necesitas.

Así que, en tus oraciones puedes descansar en la obra consumada del Señor Jesucristo en que, por amor a Jesús, Dios perdonará tus pecados. Dios te equipará para enfrentar todas tus necesidades, como dijo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis” (Mateo 7:7). Todo esto santifica el nombre de Dios. Él recibe la gloria, la adoración y la alabanza; y serás guiado a una nueva vida de obediencia al Señor Jesús. El Señor nos da la gracia para negarnos al mundo, rendirnos a Él y amarlo y buscarlo por sobre todas las cosas.

Por lo tanto, oremos continuamente por el Espíritu Santo en nuestras vidas. Eso es lo que Dios ha prometido. Que daría Su Espíritu Santo a los que se lo pidan. En Lucas 11:13: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” Verás, solo a través del Espíritu Santo podremos vivir como creyentes.

A través del Espíritu Santo Dios será santificado y honrado en tu vida, porque el Espíritu Santo da amor, gracia y misericordia. Provee todas las cosas en la vida y guía al pueblo de Dios. Los protege. Está con ellos al momento de partir de esta vida (Salmos 23:4). A través de Su Espíritu, Dios te instruirá y te enseñará el camino que debes seguir. A través de Su Espíritu, serás guardado de caer en pecado y con Su Espíritu podrás resistir las tentaciones del maligno. A través de Su Espíritu, llevarás el fruto del Espíritu Santo en tu vida.

Y a través de Su Espíritu, recibirás la sabiduría y la gracia en tu vida diaria. A través de Su Espíritu, el temor del Señor aumentará en tu vida; y caminarás con humildad delante del Señor y el Dios eterno será tu refugio y apoyo. Él será todo para ti, tu todo en todo (1ª de Corintios 15:28), así es como Dios es honrado y santificado en tu vida. Hará buenas todas las cosas y, por lo tanto, venir delante del Señor en oración para derramar tus suplicas delante de Él es un gran privilegio; también lo es, que Él sea un Dios que hará buenas todas las cosas (Marcos 7:37).

¿Sabes cuándo lo verás? Al final de tu vida cuando te presentes delante de Él. Es como un niño, hijo de un granjero. El granjero lo lleva con él a arar los campos juntos. El padre toma el arado, traza un surco en el terreno y da el arado a su hijo; su hijo sujeta el arado, pero el padre ha puesto su mano sobre su hijo. Luego, el hijo traza un surco derecho en el terreno. Al final del surco, el ojo ve a su padre con una sonrisa y el padre lo mira y le dice: “Bien hecho, hijo mío”. Pero esto fue posible por la mano del padre sobre el hijo y el muchacho sabe que fue su padre. Su padre lo hizo todo.

De esta manera, cuando el pueblo de Dios entre en el cielo, como leemos en la parábola, el Señor dirá: “Bien, buen siervo y fiel” (Mateo 25:21). Pero en realidad, Sus hijos dirán: “Tú lo has hecho todo. A ti sea todo el honor. Tú me has llevado por la vida. Tú lo has hecho todo. Santificado sea Tu nombre por toda la eternidad”. Y pondrán sus coronas a los pies de Dios, pues Él debe ser glorificado. Él lo hizo todo de principio a fin. Amén.

Gracias.